

quía, y yo, á pesar de toda mi buena voluntad en pro del bienestar del Estado, me convertiría en el más execrable instrumento de la anulacion de toda consideracion política, de toda elevacion moral y de la disolucion de todos los lazos internos y externos de la administracion del Estado.»

Estos párrafos son expresion fiel y exacta de las disposiciones que animaban á Metternich. Nunca, y mucho menos entonces, habia pensado en una intervencion en favor de Napoleón y en contra de los aliados; siempre habia considerado natural, en el caso de que el emperador francés rechazara las condiciones del Austria, la union de esta potencia á los enemigos del emperador, creyendo, además, que esta union era inevitable aun en el inesperado caso de que Napoleón las aceptara y los aliados no firmaran la paz. A lo sumo, y como desesperado medio de salvacion en una situacion apuradísima, hubiera consentido en permanecer dentro de una neutralidad armada, bien que considerándola siempre como una deshonrosa abdicacion política. ¿Qué opinaba, á todo esto, el emperador Francisco?

Su resolucion relativa á la anterior proposicion comenzaba con estas palabras: «A vos debo en gran parte la gloria del actual estado político de mi monarquía y en vos confío tambien para conservarlo. La paz, una paz duradera es indudablemente lo que más ardientemente debe desear todo hombre honrado, y sobre todo yo, que siento desgarrarse el corazon en presencia de los males que la guerra ha atraído sobre tan buenos súbditos y tan hermosos territorios, á los cuales me siento unido en cuerpo y alma.»

Esta confesion demuestra una vez más hasta qué punto era cuestion de sentimiento y de conciencia para el emperador, que no tenia ninguna cualidad de guerrero ni de general, el temor de una nueva guerra no del todo inevitable. La imprescindible consideracion de esta circunstancia presentó á los ojos de Metternich como una necesidad la campaña diplomática de la negociacion de paz, y le indicó el camino que le hemos visto seguir. Hasta qué punto y por qué el emperador se mantenía aferrado al mínimum de los cuatro artículos, nos lo demuestran otros dos párrafos de su contestacion. «Lo que he manifestado como base de una paz á mi modo de ver duradera, por más que pueda ponerse muy en duda que lo sea, hemos de sostenerlo, porque cumpliéndose aquella base, la paz sería posible. En la base propuesta se ha procurado evitar todo lo que pudiera menoscabar el honor de Napoleón, de modo que éste no puede tener ningun motivo razonable para no aceptarla.» El emperador Francisco dudaba mucho de que con las bases por él mismo elegidas pudiera conseguirse una paz duradera, pero en cambio no tenia duda alguna de que habia excluido de este programa todo lo que pudiera aparecer ofensivo á los ojos de Napoleón y darle motivo racional para rechazar las proposiciones. Por esto no habia querido admitir como condicion *sine qua non* el artículo 5 del programa de 7 de junio, porque consideraba ofensiva para Napoleón la renuncia formal al patronato de la Confederacion del Rin que en él se prescribía (1). Por lo mismo que habia resistido todas las indicaciones que tendían á hacerle exigir algo inaceptable, no creía que Napoleón rechazara la paz, razon por la cual no dió al conde de Metternich la contestacion categórica que éste pretendía, sino que simplemente le hizo la promesa general de que podía contar con su firmeza en la realizacion de sus principios fundamentales. Creyendo entonces como creía en la posibilidad de que Napoleón condescendiera por lo menos en lo referente á la paz preliminar, explícase claramente que hubiera de tener igual creencia en un principio y se explica

(1) Véase anteriormente.

documentalmente la declaracion que anteriormente habia dado Metternich al conde Hardenberg tocante á su manera general de proceder. Lo que este último habia escrito en 2 de mayo al conde Munster (2) se derivaba de la comparacion más inmediata de los hechos con las palabras del ministro: «Respecto de este particular, el conde Metternich ha de contar siempre con el carácter resuelto del emperador, que se opondría á todo lo que pudiera precipitar la ruptura pero que, paso á paso, ha llegado á una situacion en la que es inevitable si Napoleón no cede. Actualmente, casi puede asegurarse que así como al principio de la actual guerra Metternich se proponía conservar á la monarquía en el estado en que entonces se encontraba, apenas los desastres sufridos por los franceses hicieron posible su realizacion, concibió el plan de devolverle su antiguo esplendor. Para conseguir este fin, el ministro hubo de ocultar todo cuanto podía dar á su plan una sombra de ambicion y especialmente todo lo que pudiera denunciar el propósito de llevarlo á cabo por la fuerza de las armas. Si hubiese dicho que quería dirigirse contra Rusia, habria tenido en contra suya al ejército y al público; si hubiese propuesto al emperador romper bruscamente con Francia, habria fracasado completamente en su empresa. Puesto en esta embarazosa alternativa, presentó planes é intenciones de paz, creyendo quizás entonces que podrían dar algun resultado y que la reconquista de lo que Austria habia perdido, podría conseguirse pacíficamente. Pero es indudable que estaba decidido á arriesgarse en una guerra, y que lo único á que no se atrevía era á pronunciar la palabra que habia de hacerla estallar. Napoleón era quien debía hablar y obligarle con ello al rompimiento. Hasta ahora solo ha conseguido familiarizar al emperador Francisco con la idea de que la guerra es inevitable en el caso de que Napoleón rechace una paz que ha sido calculada sobre la base de un justo equilibrio.» Puesto en este camino tortuoso, Metternich hubo de experimentar sorpresas y desengaños en cuestiones de detalle, pero en la cuestion capital no se equivocó, porque no habia partido de cálculos equivocados. La perseverancia de los aliados en una lucha desigual y el valor heroico de los prusianos excedían á sus mayores esperanzas, y la indomable tenacidad del emperador de los franceses coronaba con el más completo éxito su plan político. Lo único que á última hora podían hacer por él los aliados, que tanto por él habian hecho, podían esperar de ellos en el congreso pacífico de Praga. El plenipotenciario prusiano G. de Humboldt pudo ya escribir en 13 de julio á Berlín, á consecuencia de la primera entrevista celebrada con él, que Metternich daba claramente á comprender «que consideraba la guerra como inevitable y que en las negociaciones de Praga solo se trataba de demostrar hasta la evidencia al emperador Francisco la imposibilidad de una paz duradera (3).»

CAPITULO IV

PREPARATIVOS PARA LA LUCHA DECISIVA

Seis semanas antes de que en Reichenbach se encontrara una fórmula clara y obligatoria que expresara la union política de Austria con los aliados, los cuarteles generales de ambos ejércitos habian firmado una inteligencia recíproca, cuya sinceridad y confianza no estaban turbadas por la menor duda acerca de la identidad de voluntades y de la certidumbre de su próxima y franca cooperacion. Esta intelligen-

(2) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 221-222.

(3) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 132.

cia de los dos ejércitos habíase convertido, independientemente del curso de la discusion política, en un hecho que si se hubiera puesto á prueba habria de seguro aparecido más fuerte que la resistencia de los diplomáticos deliberantes. En la base fundamental que en 16 de mayo y por la espontánea iniciativa de los generales príncipe Wolkonski, Toll y Kneisebeck habíase sentado en Wurschen, conforme á los deseos

expresados por el príncipe Schwarzenberg en las «proposiciones relativas al plan de campaña (1),» habian trabajado con tanto celo como éxito Schwarzenberg y su ilustre jefe de Estado Mayor el conde Radetzky. Los austriacos habian considerado, bajo todos conceptos, el armisticio como una verdadera ventaja: la direccion seguida por los aliados en su retirada cuando abandonaron á Breslau y se retiraron á los



Bernadotte.

De un grabado de P. M. Alix, cuadro original de Hilario le Dru

montes de Schweidnitz constituía una garantía de sinceridad y de abnegacion como mejor no podía darse en aquellas circunstancias. En esto, como en todos los planes y medidas militares ulteriores, solo en una cuestion se pensaba, á saber: ¿qué podían, qué debían hacer los aliados para proteger al Austria contra un ataque del grueso de las fuerzas de Napoleón? pues se creía que indudablemente este ataque sucedería inmediatamente á la declaracion de guerra como sucede en las tempestades el rayo al trueno.

En los documentos que resumen las negociaciones sobre esta cuestion observamos un hecho sorprendente, y es que

Austria, Prusia y Rusia usan unánimemente un lenguaje estratégico que no tiene afinidad ninguna con el de 1805 y 1806. En el momento mismo en que el archiduque Carlos publicaba sus principios fundamentales de estrategia para recordar su sistema de guerrear en 1796 y para «formar generales para la defensa de la patria (2),» Schwarzenberg y Radetzky formulaban planes que demuestran que se habian

(1) Véase anteriormente.

(2) *Rasgos fundamentales de la estrategia explicados por la exposicion de la campaña de 1796 en Alemania*, tomo 1, Viena, 1813. Admonicion.

separado por completo de este sistema de guerra. En efecto, lo que se escribió y se trató desde el punto de vista militar en Wurschen y en Praga, en Gitschin y Trachenberg, revela unas ideas y unas opiniones tan lisas y llanas que no se hace necesario ponerlas en discusión con las que representaban tendencias contrarias. El ex-generalísimo de 1809 seguía opinando que «en la guerra la posesión de los puntos estratégicos es la que decide,» y en cambio, á la sazón estaba al frente del mismo ejército un jefe de Estado Mayor para quien, al parecer, todas las doctrinas de los puntos estratégicos, de las alturas dominantes con ó sin línea divisoria de aguas, de posiciones inexpugnables y de maniobras infaliblemente mágicas habían sido siempre letra muerta. «El objetivo de toda marcha es la tienda del general enemigo; el de toda lucha la destrucción del grueso de las fuerzas enemigas; la mejor defensa es el ataque;» tales eran las teorías con las cuales se había identificado el nuevo sistema de guerra cuando bajo la impresión de los golpes de Napoleón despertó del sueño de la escolástica militar, y estas mismas teorías eran precisamente las que aparecían en el documento que el conde Radetzky firmó en Praga el día 10 de junio (1).

Radetzky espera que el ataque del grueso de las fuerzas enemigas será dirigido contra Viena y busca la defensa, no en una situación defensiva inexpugnable, sea detrás de los muros de una fortaleza, sea en un campamento fortificado, como habrían propuesto los generales Mack ó Phull (2), sino en el contra-ataque de las propias fuerzas, para el cual debían hacerse todos los preparativos. «El objeto principal del plan de operaciones, — dice, — es, pues, tomar solos la ofensiva con el grueso del ejército y mantenerse en la defensiva con todas las demás, hasta que quede derrotado el grueso del ejército enemigo. Todas las ventajas aisladas, por grandes que sean, que no se consigán por el grueso del ejército desaparecen en inútiles hechos de armas cuando no van precedidas de la debilitación del grueso del ejército enemigo.» Esto era lo que no había tenido en cuenta el que había dirigido al ejército austriaco en 1805 y 1809, cuando en ambas ocasiones y para conquistar la Italia de allende los Alpes destacó un ejército especial que luego hizo falta cuando en el campo de batalla decisivo, aquende dichos montes, se echaron suertes sobre la vida ó la muerte de la monarquía. Radetzky prevenía expresamente que no se repitiera esta falta, á la que podrían dar motivo los aprestos del virey. Para elevar á 150,000 hombres el grueso del ejército que había de combatir contra Napoleón hacíase preciso que el ejército que se encontraba en Galitzia se pusiera inmediatamente en marcha hácia Bohemia, que se movilizaran los terceros batallones del ejército bohemio, que se crearan sin dilación sus divisiones de reserva y que se organizaran por completo las milicias (*landwehr*), equipándolas, armándolas y ejercitándolas. El príncipe Schwarzenberg se presentó con este documento el día 13 en Gitschin y obtuvo del emperador la aprobación de sus proposiciones. Respecto de esto escribía Metternich en 14 de junio al conde Stadion: «El príncipe Schwarzenberg se encuentra aquí desde ayer: ha traído su gran plan al emperador, hoy lo ha defendido, y probablemente el emperador lo aceptará mañana. Toda la milicia será puesta en pié de guerra por todo el 20 de julio y el resto del ejército estará movilizado para esta fecha; ya sabéis que esto representa ocho regimientos en Austria y en los círculos citeriores de Hungría. Todo el ejército de Galitzia avanzará (3).» En estos términos estaban realmente concebidos los acuerdos que el día 15 de junio adoptó un

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 342-344.
(2) El autor del campamento de Drissa.
(3) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 345-346.

consejo de guerra presidido por el conde Metternich (4). Estando todavía en Gitschin recibió Schwarzenberg, por conducto del general Toll, las más espontáneas promesas de los aliados relativas á la defensa del Austria contra el ataque que todo el mundo esperaba del grueso de las fuerzas de Napoleón. Para impedir que éste se retirara á la orilla izquierda del Elba, como en este caso hubiera tenido que hacerlo, querían los aliados comenzar las hostilidades antes de que transcurriera el plazo del armisticio: el ejército de Silesia debía avanzar inmediatamente sobre el Elba y pasar este río entre Dresde y Turgau y el ejército bohemio debía ser reforzado con el cuerpo de Wittgenstein, que se componía de 25,000 hombres (rusos y prusianos). De esta suerte se completó en Gitschin el plan de guerra cuyas bases fundamentales se habían sentado en Wurschen y que quedó terminado en Trachenberg, después de haber puesto en cierto modo término á la intolerable ambigüedad del príncipe heredero de Suecia.

El ex-mariscal Bernadotte, á la sazón príncipe heredero Carlos Juan de Suecia, tomó parte en la guerra de 1813 para conquistar para Suecia el reino de Noruega y para sí la corona de Francia. Ambas cosas le había prometido el emperador Alejandro en Abo y á esta relación con Rusia debía el haber pedido conforme á lo tratado y antes de aparecer en Pomerania con sus suecos (24,000 hombres, por más que se suponía eran 30,000), un refuerzo de 35,000 rusos y 27,000 prusianos, sin que nadie pudiera darle orden alguna respecto del empleo á que los destinara (5). Tal era el ejército con que el príncipe heredero quería sostener una guerra particular contra Dinamarca para obligar á esta potencia á renunciar á Noruega. Inglaterra le había provisto prodigamente de recursos pecuniarios: el mismo gabinete británico que en junio solo había querido otorgar á Rusia y Prusia unidas dos millones de libras como subsidios, concedía en 3 de marzo un millón para el príncipe heredero de Suecia, como si de la mano de éste se esperara la liberación de Europa. En esto había triunfado nuevamente la influencia del conde Munster, el cual quería servirse del príncipe heredero de Suecia como palanca para impedir que en esta guerra Prusia se elevara de nuevo á la categoría de gran potencia de la Alemania del Norte. Los suecos debían evitar que el futuro ejército güelfo, sobrado fuerte, se viera sometido al mando supremo de los prusianos y que el principado electoral de Hannover cayera bajo la administración centralizadora de Stein y preparar, además, la creación de un gran imperio güelfo, que se extendiera desde el Elba hasta el Rin y al cual habría de corresponder naturalmente, en unión con Inglaterra, la supremacía sobre el Norte de Alemania, en el caso de que Prusia quedara reducida á las fronteras señaladas en Tilsit. «La potencia prusiana, — escribía Munster á Stein, en 5 de enero de 1813 (6), — solo existe ya en la memoria y únicamente puede renacer entre el Vístula y el Elba como potencia de segundo ó tercer orden. ¿Por qué Rusia no había de recibir el Vístula como premio de sus actos? ¿Por qué Prusia había de recuperar las posesiones cedidas en anteriores tratados de paz para extender la esfera de sus vejaciones y para intrigar con Francia? Recuerde de sus vejecciones y para intrigar con Francia? Recuerde de un gran Estado entre el Elba y el Rin con las posesiones que no tienen dueño. Este territorio se quiso destinar á indemnización á cambio de Noruega, pero de ello nos preservarán seguramente la indiscreción de Dinamarca y la oposición de los alemanes.» Munster había iniciado oportunamente en

(4) Véase el protocolo en: *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 346-347.
(5) *Austria y Prusia*, tomo II, pág. 412.
(6) Pertz: *Stein*, tomo III, págs. 342-343.

este plan al príncipe heredero (1), el cual sentía verdadero entusiasmo por el imperio güelfo, pues no le costaba nada y en cambio le valía dinero é influencia. Aquel príncipe había pensado ó fingía pensar en todo menos en combatir por la liberación de Alemania y contra Francia. Desde el primer decreto que dió en territorio alemán, cometió un crimen contra la causa cuyos defensores le habían concedido todos los derechos de aliado sin imponerle los deberes que como tal le hubieran correspondido. Las tropas danesas cooperaban á la defensa de Hamburgo contra los franceses, cuando en 13 de mayo se tuvo en Copenhague la certeza de que la cesión de Noruega era cosa resuelta de un modo inapelable por las grandes potencias Rusia é Inglaterra. Esto puso término á las vacilaciones del gobierno danés, que se decidió por Napoleón, evacuando los daneses la ciudad de Hamburgo (18 de mayo) para unirse á Davout y á Vandamme. En sustitución de ellos, invocó Tettenborn el auxilio de los suecos, que acababan de acampar en Pomerania y cuya vanguardia se encontraba ya en Mecklenburgo á las órdenes del general Doblén. Este creyó muy natural que los suecos defendieran á la ciudad aliada desde el momento en que los daneses se ponían al lado de Francia; así es que, acudiendo al llamamiento de Tettenborn, penetró en 21 de mayo con una parte de sus tropas precipitadamente en Hamburgo y si bien el príncipe heredero le ordenó que inmediatamente saliera de la ciudad, no se movió, en la creencia de que había habido en esta orden una mala inteligencia, y no obedeció hasta que el día 26 de mayo y contra todo lo que él podía imaginar recibió la orden terminante de evacuar la plaza: después fué sometido por su desobediencia á un consejo de guerra, que le destituyó (2). ¡Cómo hubiera podido imaginar aquel noble soldado que Bernadotte quería la caída de Hamburgo! Según el plan concebido por el príncipe heredero, debía hacerse creer que Hamburgo se había perdido por culpa de los daneses, para que Dinamarca no pudiera hallar clemencia en los aliados y fuese irremisiblemente considerada como enemiga de todos los enemigos de Napoleón. Con la entrega premeditada de la infeliz Hamburgo inició el príncipe heredero, después de haber desembarcado en 18 de mayo, su campaña contra Napoleón, permaneciendo desde luego con sus 40,000 hombres (suecos, hannoverianos, mecklenburgueses y anseáticos) por espacio de muchas semanas en Stralsund, de tal manera inactivo, que no parecía sino que quería dejarse sitiarse y cercar por los 10,000 franceses que enfrente tenía. Por fin, en 19 de junio hizo escribir al conde Munster diciéndole que si el vergonzoso armisticio terminaba en una paz humillante, él solo proseguiría la guerra para conquistar la Zelanda y hacer pedazos la monarquía danesa pasando las islas á poder de Inglaterra y quedándose él con la Noruega. De estos planes temerarios le apartó una carta del emperador Alejandro invitándole á una entrevista en el castillo de Trachenberg, en Silesia, á donde en 9 de julio llegaron los monarcas de Rusia y de Prusia. Aquella misma noche llegó allí el príncipe heredero acompañado del general Stedingk, y el día 12 se tomaron algunos acuerdos de carácter militar, en los cuales la participación de Bernadotte se redujo á contraer, á cambio de promesas de refuerzos para su ejército, varios compromisos que luego no cumplió ó cumplió de un modo muy imperfecto.

El protocolo de 12 de julio de 1813, que se conoce en la historia con el nombre de «plan de guerra de Trachenberg,» dice así (3):

(1) *Austria y Prusia*, tomo II, págs. 416-418.
(2) Hauser, tomo IV, págs. 179-180.
(3) La primera copia exacta del texto primitivo se encuentra en el: *Aperçu*, etc., págs. 330-331.

«Como base general se admite que todas las fuerzas beligerantes de los aliados se dirigirán regularmente allí donde se encuentre el grueso del ejército enemigo. De esto se deduce:

1.º »Que los cuerpos que hayan de operar en los flancos ó á la espalda del enemigo tendrán que escoger siempre la línea que más cerca les lleve del grueso del ejército enemigo.

2.º »Que el grueso del ejército de los aliados escogerá una posición que le permita presentarse de frente al enemigo, á donde quiera que éste se dirija. El baluarte saliente de la Bohemia ofrece, al parecer, esta ventaja.

»En virtud de estas bases generales, los ejércitos aliados deberán situarse, antes de que termine el armisticio, en los siguientes puntos:

»La parte del ejército aliado que se encuentra en Silesia, en número de 90 á 100,000 hombres, avanzará algunos días antes de terminar el armisticio por el camino de Landeshut y Glatz á Jung-Bunzlau y Brandeis, para unirse en el plazo más breve al ejército austriaco y constituir con éste, en Bohemia, una masa de 200 á 220,000 combatientes.

»El ejército del príncipe heredero de Suecia dejará un cuerpo de 15 á 20,000 hombres enfrente de Lubeck y de Hamburgo para vigilar á los franceses y daneses y concentrarse, en número de 70,000 soldados, en la comarca de Treuenbrietzen para marchar en cuanto termine el armisticio hácia el Elba, pasar este río entre Torgau y Magdeburgo y dirigirse luego á Leipzig.

»El resto del ejército de Silesia, en junto 50,000 hombres, seguirá al enemigo al Elba, procurando evitar un combate general á menos de que todas las ventajas no estuvieran de su parte. Una vez que haya llegado al Elba, intentará pasar este río entre Torgau y Dresde para juntarse con las fuerzas del príncipe heredero de Suecia, con lo cual éste quedará reforzado hasta tener un contingente total de 120,000 hombres.

»El ejército austriaco, unido al ejército aliado, se lanzará, según sean las circunstancias, sobre Eger y Hof, ó sobre Sajonia ó sobre Silesia, ó desembocará en el valle del Danubio.

»Si el emperador de los franceses, adelantándose á los ejércitos aliados en Bohemia, marchara sobre ellos para combatirlos, el ejército del príncipe heredero de Suecia caerá, forzando las marchas, sobre la retaguardia del enemigo. Si, por el contrario, el emperador Napoleón se lanza contra el príncipe heredero de Suecia, el (grueso del) ejército aliado adoptará una enérgica ofensiva y marchará contra las comunicaciones enemigas para presentarles batalla.

»Todos los ejércitos aliados tomarán la ofensiva y su puntada reunión será el campamento del enemigo.»

La aprobación absoluta que dió el príncipe heredero á este plan se explica fácilmente, pues así como hasta entonces solo había tenido bajo sus órdenes 40,000 hombres, á la sazón debía tener 70,000 desde luego y más tarde 120,000, además de que en el caso de que Napoleón le atacara, tenía asegurado el auxilio de los austriacos, de los rusos y de los prusianos, que formaban un total de 220,000 combatientes. No consideraba Bernadotte probable que llegara este caso, antes bien manifestó al conde Stadion, que también se encontraba en Trachenberg, que, en su opinión, Napoleón se lanzaría por tercera vez sobre Viena en donde hallaría infaliblemente la tumba de su grandeza, sobre todo si su mariscal de otro tiempo marchaba constante é infatigablemente sobre su retaguardia, pues para combatirle cara á cara como otros lo harían le conocía demasiado de cerca. Además de esto, él hacia la guerra con el solo fin de apoderarse de Noruega y